

calles de esta ciudad, las más veces de noche... descalzos los pies y piernas, vestido con un capotillo de jerga y la cabeza y la barba rapada a navaja y descubierta a las inclemencias del tiempo; con una capacha de esparto, donde echaba el pan, a las espaldas; y una olla o dos, atadas a un cordel, en la mano; diciendo a voces altas: ¡Hermanos, haced bien para vosotros mismos!... y allegaba mucha limosna”.

Todo lo que le daban lo repartía inmediatamente a los pobres. Si alguien se extrañaba de esto y le preguntaba la razón él respondía sencillamente:

-Por Dios lo pido y por Dios lo doy, sea Dios bendito por todo.

A los pobres y necesitados, al repartirles las limosnas, les decía que era de parte de Dios lo que recibían y les encarecía que rezasen por quién había dado la limosna pues se había privado de lo suyo para compartirlo. Así fomentaba el amor entre los ricos y los pobres.



La capacha original de San Juan de Dios, conservada en la casa-museo de los Pisas, en Granada.

Foto original sacada por el autor de este cuaderno.

Continúa en la segunda parte: Vida entregada a todos

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SAN JUAN DE DIOS



EL LOCO DE GRANADA

1ª PARTE. CONVERSIÓN Y PRIMEROS PASOS

1º.- Nacimiento y juventud

Juan Ciudad nació en el año 1495, en un pueblo de Portugal llamado Montemor-o-Novo (Monte Mayor el Nuevo) de entre tres mil y cuatro mil habitantes. Tanto el nombre de sus padres como lo que hizo en sus primeros años de vida es un auténtico misterio. No tenemos datos. Lo único que sabemos con plena seguridad de su infancia es también misterioso: cuando contaba 8 años de edad una persona se llevó al niño a Oropesa, cerca de Toledo (España). ¿Por qué se lo llevó? ¿Por qué los padres estuvieron de acuerdo? No lo sabemos. Los historiadores, por falta de documentos, no logran descubrir los motivos de esta decisión.¹

En Oropesa fue acogido por la familia Herruz. Lo ocuparon en servir de ayuda a unos pastores que estaban a cargo de un mayoral. Cuando llegó a la adolescencia se convirtió el mismo en pastor. Ha quedado constancia de que “era querido de todos”.²

Sabemos asimismo que Juan tenía fe y más o menos la practicaba.

Nota 1: En el libro de José María Javierre *Juan de Dios. Loco en Granada* se explican distintas teorías de lo que pudo haber ocurrido, con los documentos históricos pertinentes.

Nota 2: Todos los entrecuillados de este cuaderno corresponden a citas sacadas de los documentos históricos de personas que conocieron y vivieron cerca del santo

A partir de este momento Granada empezó a sorprenderse de ver al librero que pensaban estaba loco cargar a cuestas, prácticamente a diario, a pobres y necesitados para llevarlos a su “hospital” donde les daba todo tipo de alivio, consuelo y ayuda. Pronto el espacio quedó pequeño. Acudían enfermos de todas partes. La venta de leña ya no bastaba para pagar todos los gastos. Y así Juan se convirtió en limosnero. El limosnero de Dios.

Fue un espectáculo que quedó muy grabado en la memoria de los granadinos. Durante años Juan recorría la ciudad pidiendo limosna para sus pobres. Le daba igual fuera verano, invierno, lloviera o hiciera un calor insoportable. Allí iba él, flaco y con mucha austeridad. Llevaba una capacha al hombro (una espuerta grande) y una o dos ollas sujetas por un cordel. Allí echaba todo lo que le daban para sus pobres. Iba pregonando la limosna con estas palabras:

-¡Quién hace bien para sí mismo! ¿Hacéis bien por amor de Dios, hermanos míos en Jesucristo?

Era toda una invitación a la gente rica para que comprendieran que, si daban limosna, los primeros beneficiados serían ellos mismos pues al ejercer esa obra de misericordia con los necesitados Dios tendría misericordia de ellos: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5, 7)*. El mensaje funcionó. El ejemplo de santidad y austeridad de Juan les conmovió. Las limosnas llegaron. Y en gran cantidad.

Miles de testigos nos han contado la misma imagen. Valga por todos estas palabras: “Esta testigo vio más de seiscientas veces pedir limosna al bendito Padre Juan de Dios por las

2º.- De pastor a soldado

recoger leña al campo para venderla, ganar algunas monedas y poder así pagarse comida y un albergue. Al principio le dio vergüenza volver a pasar por las calles. Tanto que tardó un día entero en volver a transitar por las calles principales. Después no le importó. Venciéndose a sí mismo reapareció en pleno centro de Granada. La gente le reconoció. No faltaron burlas: “Hermano Juan, ¿ahora leñador?” “¿Cómo os fue en el Hospital Real (el manicomio)?”. Juan “alegremente lo recibía sin enojarse de nada, antes con risa les respondía”.

Pronto se hizo muy popular la venta de leña, todos los días, en plaza Bib-Rambla. Incluso un grupito de personas empezaron a colaborar con Juan en este oficio. ¿Y qué hacía con el dinero? Un poco lo destinaba para su propio sustento. El resto lo repartía a los pobres. Porque para eso había vuelto. Para socorrer a los necesitados.

Empezó a buscarlos por las noches. Los encontraba echados en los portales, desnudos, llagados, enfermos... Les procuraba alivio, alimentos, ropas, medicinas...

Pronto hizo algo más. El frío crudo del invierno golpeaba con fuerza. Algunos de aquellos pobres corrían el riego de morir. Juan consiguió que un hombre de importancia social le dejara el zaguán de su palacio como refugio improvisado. Así empezó a cargar sobre sus hombros a los que estaban en peores condiciones para llevarlos allí. Fueron tantos que finalmente los voluntarios que le ayudaban vieron la conveniencia de buscar un lugar más amplio. Así encontraron una casa en la calle Lucena, junto a la Pescadería. La alquilaron. Aquí propiamente nació el primer hospital del hermano Juan.

En 1523, cuando contaba 28 años de edad, decidió alistarse como soldado. El emperador Carlos V había preparado un ejército para defenderse de la guerra que el rey de Francia le había declarado. Parece que Juan se apuntó por deseo de ver mundo y tener más libertad.

La vida de los soldados solía estar llena de vicios: lenguaje obsceno y soez, crueldad, robos en propiedades ajenas, riñas, vino, mujeres... No sabemos hasta que punto Juan participó de estos vicios. Sin duda cayó en algunos de ellos.

Tenemos plena certeza de que el tiempo que pasó de soldado “se vio en muchos peligros”. Nos han llegado dos de ellos:

Un día sus compañeros se encontraban sin provisiones y Juan se ofreció a buscar alimento en algún caserío del contorno. Para ello montó en una yegua con la mala suerte de que al poco de empezar el camino ésta comenzó a correr de forma alocada arrojándolo contra un peñasco. Juan quedó dos horas inconsciente, echando sangre por la boca y la nariz. Al volver en sí tuvo miedo de ser encontrado por las tropas francesas. Como se sentía sin fuerzas decidió invocar la protección del Cielo poniéndose de rodillas y diciendo esta oración:

-Madre de Dios, sed en mi ayuda y favor y rogad a vuestro santo Hijo me libre de este peligro en que estoy, y no permitas que sea preso de mis enemigos.

Al rato pudo moverse y con ayuda de un palo a modo de cayado regresó con sus compañeros. La noticia de este episodio nos revela que Juan tenía una confianza especial en la Virgen María “de quien siempre fue devoto”.

El otro gran peligro: le habían encomendado la guarda de un botín tomado a los franceses. Alguno de sus compañeros se lo robó en un momento de descuido. El capitán se enfureció tanto que mandó ahorcar a Juan. Y así hubiera sucedido si no hubiera pasado por allí alguien que convenció al capitán de cambiar el castigo por otro menos violento: la expulsión del ejército. Así Juan fue expulsado pero conservó la vida.

En 1524 volvía a Oropesa ante la alegría de su amo “porque lo amaba como a hijo”. Retomó su oficio de pastor hasta 1532 cuando, contando con 37 años de edad, volvió a alistarse como soldado. Esta vez en la campaña de Viena, contra los ejércitos del sultán turco Solimán.

La batalla finalmente no tuvo lugar porque Solimán decidió retirarse. Pero la experiencia debió suponer un punto de inflexión para Juan: ya no quiso regresar a Oropesa. Decidió emprender un nuevo camino en su vida.

3º.- Diversos oficios

Lo primero que hizo fue visitar el pueblo donde vivió de niño: Montemor. Cuando llegó busco algún pariente: “Ninguno le conocía, como había salido tan pequeño de la tierra, ni le sabían dar razón de ellos, porque aún los nombres de sus padres no sabía”. Finalmente tras varias indagaciones pudo

limosna.

Fue un viaje duro pues lo hizo ya en invierno. Al llegar entró de rodillas en la Iglesia y “con mucha devoción y lágrimas ofreció a Nuestro Señor sus necesidades, y le dio gracias por lo que había recibido”.

Estuvo allí varias semanas en oración y además aprendiendo del hospital que llevaban los frailes jerónimos la manera de tratar y cuidar a los enfermos de una forma cristiana. Cuando volvió a Baeza contó todas sus experiencias al maestro Ávila. Éste vio que el asunto estaba ya maduro y le dijo resueltamente:

-Hermano Juan, cumple que volváis a Granada, donde fuisteis llamado del Señor... El Señor, que sabe vuestra intención y deseo, os encaminará el modo como le habéis de servir. Tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando, y obrad como en presencia de tan gran Señor. En llegando a Granada tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho -le señaló uno concreto: el Padre Portillo-, y sea vuestro padre espiritual, sin cuyo consejo no hagáis cosa que sea de importancia. Cuando se os ofreciere cosa en que os parezca que habéis menester mi consejo escribidme donde yo estuviere.

Juan emprendió el camino a Granada. Va a comenzar su misión.

8º.- El limosnero de Dios

Llegó una mañana. Su primera acción fue oír la Santa Misa, temprano, en la primera Iglesia que se encontró. Luego fue a

iría con él a Baeza, donde debía residir todo el verano. Allí se ocuparía de su formación espiritual.

Llegaron a Baeza. El maestro Ávila lo alojó en su propia residencia. Le enseñó lo fundamental de la vida espiritual. Le insistió mucho en que sobre todo fuera alma de oración. “Algunos hay -decía- que so color de aprovechar a otros dejan sus almas sin oración”. Error grave, que acaba por desgastar a la persona. “No hay caudal, por grande que sea, que no se gaste si sacan agua de él y no gana”. Juan Ciudad está llamado a ser un cristiano, no un simple asistente social: la oración y la unión con Dios debían ser la base y la fuerza de todo lo que iba a hacer por los necesitados.

Lo puso asimismo a aprender lecciones con los niños. Aquellos críos, al ver un compañero tan grandullón, se burlaban de él e incluso le propinaban pequeñas patadas. El maestro Ávila le enseñó que aquellas humillaciones eran ganancia para su alma (humildad, paciencia, penitencia) hasta el punto que a veces le preguntaba:

- ¿Ha habido hoy alguna ganancia?

Y si Juan respondía que había recibido alguna patada el santo le decía:

-Buena ganancia es, hermano Juan.

Así lo mantuvo humilde y sencillo ante la gran misión para la que Dios destinaba aquella alma.

A las pocas semanas Juan Ciudad fue de Baeza a Guadalupe, santuario mariano, por devoción a la Virgen “para darle gracias de las ayudas y mercedes pasadas, y pedirle nuevo socorro y ayuda para la nueva vida que pensaba hacer”. Iba descalzo y no llevaba dinero. Hizo el viaje pidiendo

dar con un tío suyo. Gracias a él supo que sus padres ya habían fallecido. Juan los lloró con mucho dolor. Luego resolvió buscar un nuevo lugar donde ganarse la vida. Asimismo reveló a su tío: “Pues he sido tan malo y pecador (¿se refería a su vida de soldado?), razón es que, pues el Señor me ha dado vida, que la que fuere la emplee en hacer penitencia y servirle”.

¿Dónde surgió este deseo de llevar una vida de servicio a Dios y de hacer penitencia? ¿Fueron las largas jornadas de reflexión como pastor en el campo las que lo llevaron a tal determinación? ¿Fueron quizás las malas experiencias como soldado? El caso es que Juan empezó a querer tener más presente a Dios en su vida.

Sus pasos le llevaron a Andalucía, concretamente Sevilla. Allí estuvo unos meses, hasta 1535. Trabajó como ganadero.

Algo estaba cambiando en su interior. Parecía pasar una crisis existencial. Ya no sentía la alegría de antaño. “Andaba triste y no tenía sosiego, ni le daba contento ya el guardar ovejas”. Decidió cambiar de aires y pasar a África. Llegó a Ceuta ese mismo año. Allí estuvo hasta 1538, trabajando en el reforzamiento de la muralla de la ciudad.

Un día Juan tuvo la tentación de dejar la fe cristiana y hacerse musulmán. Él mismo se espantó de que se le pasase por la cabeza semejante idea. Pidió a la Virgen ayuda y fue a confesarse. El padre franciscano que le confesó le recomendó que volviera a España para debilitar totalmente aquella tentación.

Verano de 1538. Juan Ciudad llegó a Gibraltar. Tenía 43 años. Deseaba encontrar el sentido de su vida y una orientación definitiva a su existencia. Entró en una Iglesia y rezó de todo corazón:

-Os suplico cuanto puedo, Señor mío... tengáis por bien enseñarme el camino por donde tengo de entrar a servir, y ser para siempre vuestro esclavo; y dad ya paz y quietud a esta alma, en que halle lo que tanto desea.

Dios estaba a punto de responder. ¡Y de qué manera!

4º.- Librero en Granada

Decidió trabajar de librero ambulante. Iba por la calle vendiendo los libros que portaba en su zurrón.

¿Qué tipo de libros? Los que en aquella época la gente reclamaba: libros piadosos y religiosos, libros de caballería y aventuras, novelas románticas, libros que contaban leyendas, misterios y enigmas...

No sólo vendió en Gibraltar. También por los pueblecillos cercanos. “Tenía tan buena gracia, y era tan humano y afable a todos, que muchos compraban”. El negocio funcionó. Cada vez tenía más y mejores libros.

Tan bien le iba que tomó la resolución de trasladarse a Granada, ciudad muy importante en aquella época. Llegó allí en Diciembre de 1538. Instaló una tienda estable en puerta Elvira. Se trataba de un local de dos metros de fondo por cinco de altura. Allí apilaba su mercancía y recibía a los clientes. Todavía se conserva el lugar.

por sus pecados llegaba a su fin. Ahora que Dios le había mostrado lo que quería de él era momento de variar su conducta.

Aconsejado por San Juan de Ávila empezó a mostrarse más cuerdo, más tranquilo, más sosegado. Gracias a esto le quitaron la cadena con la que solían tenerlo atado y pudo andar por todo el hospital. Empezó a ayudar en las tareas de limpieza (fregaba cacharros en la cocina, barría suelos, lavaba los baños) dando asimismo consuelo a los enfermos. Todos comenzaron a apreciarlo muchísimo y los mismos enfermeros que antes lo veían como loco peligroso le tenían ahora gran afecto.

Finalmente en mayo de 1539 Juan se determinó a poner por obra lo que Dios le pedía. Pidió permiso para poder abandonar el Hospital Real. Se lo dieron. Ya no lo consideraban loco. Es más: lamentaron no se quedara algunos días más.

Juan era libre. Salió sin nada, tan pobre como entró. Sólo llevaba una cédula firmada por el mayordomo del hospital certificando su “curación” (no fuera que alguien pretendiera volverlo a llevar al manicomio). Era ya momento de comenzar su misión.

7º.- Aprendiendo de un santo

Pero antes debía prepararse. Necesitaba más experiencia en la vida espiritual y en la tarea de cuidar a los pobres. San Juan de Ávila había vuelto a Granada para predicar en los funerales de la emperatriz Isabel. Trazó un plan: Juan Ciudad

dijo que el hospital es una casa de Dios que se profanaba al golpearles. Aportó soluciones:

-¿No sería mejor que os compadeciédes de ellos y de sus trabajos, y los limpiádes y diédes de comer con más caridad y amor?

Los enfermeros quedaron pasmados. Pensaron que Juan estaba más loco que los demás y le doblaron la dosis de azotes, dándoselos más fuertes. Y así varios días. Él lo ofreció como penitencia y reparación por sus pecados.

San Juan de Ávila envió un mensajero al Hospital Real para interesarse por Juan lo cual le emocionó. ¡Su padre espiritual se acordaba de él cuando era olvidado por todos! El mensaje del santo fue muy claro: se alegraba mucho de conocer los padecimientos de Juan por amor a Jesucristo, le pedía que no se desanimase ni cediera; por último le aconsejaba que fuera paciente y humilde, considerando los padecimientos de Jesús en la cruz que le ayudarían a tomar como ligero cualquier tormento. Desde entonces mantenían frecuente contacto por medio de mensajeros.

En este lugar fue donde Juan Ciudad tuvo una iluminación del Señor sobre lo que debía hacer con su vida. Ocurrió en primavera de 1539. Juan lo vio claro:

-Jesucristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo.

Con esto la primera etapa de su conversión terminaba. Su deseo de ser menospreciado y tratado como loco para reparar

Además era punto de reunión para los que buscaban trabajo. Había, pues, un constante fluir de personas en aquel lugar. Sabemos que Juan no se limitó a estar en la tienda sino que también salía por las calles, como en Gibraltar, a vender su mercancía.

5º.- La conversión

Apenas llevaba mes y medio en Granada cuando alguien le avisó:

-Mañana el maestro Juan de Ávila predicará la fiesta de San Sebastián.

Juan de Ávila fue un sacerdote santo. Se le conoce como el apóstol de Andalucía. Sus predicaciones eran muy famosas. Las preparaba con largas horas de oración, de rodillas ante el crucifijo. Hablaba con afecto, mansedumbre y suavidad, poniendo corazón, fuego y su poderosa inteligencia en cada palabra pronunciada. Todo su afán era tocar a las almas que le escuchaban para que amasen más a Dios. Estaba en Granada e iba a predicar. Juan Ciudad decidió acudir. ¿Movido por curiosidad? ¿Deseo de ver a personaje tan conocido? ¿Planteamientos más profundos? Sea como sea fue a escuchar el sermón.

Era el día 20 de Enero de 1539. Lugar: Campo de los Mártires (por aquella época un cerro desolado a las afueras de la ciudad). San Juan de Ávila habló del gran amor de Jesucristo que, siendo Dios, bajó del Cielo para venir a rescatarnos del pecado y de todas nuestras miserias y suciedades. Habló de lo mal que correspondemos los

cristianos a tanto amor cuando queremos permanecer en el pecado y no convertimos nuestra vida seriamente al Señor. Usó tales expresiones, con tanta fuerza y convicción, que la gente salió altamente conmovida. Uno de los asistentes quedó tocado de forma especial: Juan, el librero de Puerta Elvira. Todo lo que Dios había venido preparando en los años anteriores, todos sus deseos de servir de verdad al Señor despertaron por gracia divina a través de las palabras de San Juan de Ávila. Dios usó esta predicación para iluminar su mente y su corazón. Aquel sermón se le clavó en lo más profundo de su ser.

La gente bajaba del Campo de los Mártires para volver a sus quehaceres. Pronto llamó la atención un hombre que parecía chiflado: gesticulaba, gritaba, se daba golpes en el pecho. Era Juan Ciudad.

Realmente actuaba como un loco. En la bajada se arrodilló dentro de un charco, dio con su cabeza en el fango, se golpeó la cara, se tiró de los pelos... Luego extendió los brazos proclamándose pecador. Cuando llegó a plaza Nueva para coger la calle Elvira un grupo de muchachos empezó a seguirle gritando:

-¡Al loco, al loco!

No sólo le seguían. Le tocaban, lo empujaban, le sacaban la lengua... Juan parecía no darse cuenta. ¿O sí? El caso es que corriendo, gesticulando e incluso dando traspiés logró llegar a su librería en puerta Elvira. Entró. A los críos que le seguían se unieron más personas. Lo habían reconocido. Es el librero.

dijese un niño y se tratara de besar el lodo del suelo. Eso sí: se fabricó una cruz con un par de palos y la daba a besar a los chavales.

Un día pidió voluntariamente a los niños que le tiraran lodo. La muchachada fue más lejos: le tiraron piedras. Algunas le dieron en la cabeza. Él no se lo tomó a mal sino que “con alegre rostro, sin quejarse ni contradecir” lo soportaba todo.

“Se daba tan buena maña a fingir la locura, que realmente fue de casi todos tenido por loco”. Tanto que finalmente, tras varios días, dos hombres de la ciudad lo tomaron de la mano y lo llevaron al manicomio.

En aquella época un ala del Hospital Real de Granada estaba dedicada a los locos. Allí metieron a Juan. No estaba loco pero se dejó hacer. Eran los últimos días de enero de 1539.

Juan llegó en un estado lamentable: maltratado, “la ropa en pedazos y lleno de heridas y cardenales, de los golpes y pedradas”. Pronto se le puso en tratamiento, con la medicina que en aquel momento se le administraba a los locos: molerlos a palos para controlar su furia. Esa era la respuesta de la medicina del siglo XVI ante los llamados “dementes”.

Desnudaron a Juan, lo ataron de pies y manos y “le dieron una buena vuelta de azotes”. Luego lo trajeron a la sala común donde presenció los golpes dados a otros pacientes. Aquello le aterró e increpó duramente a los enfermeros:

-¿Por qué tratáis tan mal y con tanta crueldad a estos pobres miserables?

No se limitó al reproche. Llamó “hermanos” a los dementes y

efecto de una auténtica conversión, un encuentro profundo con la grandeza de Dios y la propia miseria, una iluminación sobre el sentido eterno y espiritual de la existencia que exige y pide un cambio de orientación de toda la vida. Y sentenció:

-Aunque a este hermano Juan tienen por loco, es más cuerdo de lo que todos pensamos.

6º.- Lo tomaron por loco

Mientras tanto Juan Ciudad a lo suyo. Confortado y animado por su encuentro con San Juan de Ávila deseaba ser tenido por un hombre vil, pecador y miserable. Se dirigió directamente a la famosa plaza Bib-Rambla, en pleno centro de la ciudad, muy cerca de la Iglesia Mayor. Aprovechando que había en esos momentos un hoyo lleno de lodo en medio de la plaza fue derecho hacia él y se metió dentro. La gente pensó que había perdido el juicio viéndolo “todo de lodo” y además “poniendo la boca en el suelo” y dándose con una “piedra en los pechos diciendo: -Señor, pequé, misericordia-, y otras muchas palabras de devoción”. Luego salió corriendo por las calles principales de la ciudad.

Esta manera de actuar duró varios días durante los cuales “del poco comer, no se podía tener en los pies”. Todos pensaban que estaba loco. Los niños le seguían, insultándolo, tirándole lodo, tierra y otras inmundicias. Juan “con mucha paciencia y alegría, como si fuera a fiestas” lo sufría todo. Incluso obedecía inmediatamente cualquier mandato que le dieran si se lo pedían “por amor de Jesús”, aunque se lo

¿Por que actúa así? ¿Ha perdido la cabeza?

Pronto se formó un barullo monumental. Juan estaba, literalmente, desarmando su tienda. “Los libros que trataban de caballerías y cosas profanas, los hacía con las manos muchos pedazos, y con los dientes; los que eran vidas de santos y buena doctrina, los daba libremente de gracia”. Repartió todo hasta quedarse sin nada. Luego dio también la poca comida y ropa que guardaba y se quitó la que llevaba puesta hasta quedarse en camisa y calzones. Y así, desnudo, descalzo, habiéndose desecho de todo volvió a salir por las calles principales de Granada para continuar su espectáculo de voces, gritos y gestos.

Llegó hasta la Iglesia Mayor. Ante ella, de rodillas, gritaba totalmente compungido:

-¡Misericordia, misericordia, Señor Dios, de este gran pecador que os ha ofendido!

Allí, semidesnudo, descalzo, de rodillas, en medio de muchos testigos que lo contemplaban asombrados, Juan “se arañaba la cara, dándose bofetadas y golpes, llorando, pidiendo a gritos perdón de sus pecados” (Esta Iglesia Mayor es la parroquia que hay al lado de la Catedral de Granada, llamada parroquia El Sagrario).

A San Juan de Ávila le contaron lo que ocurría: un librero de Granada, tras escuchar su sermón, se había desecho de todo pidiendo a gritos perdón por sus pecados. ¿Qué pensar de semejante hecho? ¿Se trataba de un loco o no? Algunas personas “movidas por compasión” fueron a por Juan Ciudad y lo llevaron ante San Juan de Ávila. Estaban cerca. El santo

se hospedaba en la casa del Arzobispo que estaba justo al lado de la Iglesia Mayor.

Cuando el maestro Ávila lo tuvo ante sí “mandó salir fuera toda la gente que con él venía y se quedó en el aposento a solas con él”. Juan Ciudad se mostró totalmente tranquilo y manso. Se hincó de rodillas ante él. Primero le contó toda su vida, por lo menos lo más fundamental. Luego se confesó “con grandes muestras de contrición”. Por último le pidió que lo aceptará bajo su amparo para recibir consejo; y daba como razón de esta petición el hecho de que por medio de su sermón “le había el Señor comenzado a hacer tantas mercedes”. Todo esto sin gritos ni las extrañas gesticulaciones que había hecho minutos antes por las calles.

San Juan de Ávila escuchó atentísimo y con paciencia. ¿Aquel hombre era un loco o estaba guiado por Dios? ¿Todo aquello era un sentimiento pasajero de una mente exaltada por

un sermón religioso o estaba ante una conversión auténtica y duradera? No era fácil discernir. Pero San Juan de Ávila no sólo poseía grandes estudios de teología y vida espiritual sino una santidad de vida excepcional, enriquecida por una luz sobrenatural especial para discernir con acierto los casos difíciles de la actuación de la gracia divina en las almas. Logró ver bajo toda aquella aparente locura la acción primordial del Señor. Y dictaminó con acierto lo que Juan Ciudad debía hacer. Así pues habló y le aconsejó.

Lo primero dio gracias a Dios porque Juan se arrepentía de sus pecados. Segundo, lo admitió como hijo espiritual (es decir: tomó a su cargo su dirección espiritual); tercero, le prometió que sería su consejero; cuarto, levantó su ánimo lloroso diciéndole: “Hermano Juan, esforzaos mucho”. Quinto, le dio buenos consejos diciéndole que se fiara de la misericordia de Dios, dispuesto a pelear “en la milicia de este Señor hasta el fin”. Sexto, le dijo textualmente: “Cuando os sintiéredes desconsolado y afligido, veníos a mí”. Séptimo, no le reprochó sus locuras callejeras sino que le dijo: “Sed fiel y constante en lo que comenzasteis, no volváis atrás ni os dejéis rendir del demonio”. Y con esto le despidió diciendo: “Id en hora buena, con la bendición de Dios y la mía”.

Juan Ciudad salió “tan consolado y animado de las palabras y buenos consejos de aquel santo varón, que de nuevo cobró fuerzas para menospreciarse y mortificar su carne”.

Al abandonar la casa dos personas de confianza de San Juan de Ávila oyeron decir al santo que lo que pasaba en Juan Ciudad era obra de Dios y que aquello era tener verdadera contrición. Es decir: las “locuras” del librero eran

